

## Presentación de mi libro

### *Filosofía, Conceptos Psicológicos y Psiquiatría*

- I -

Considero que es mi deber empezar esta breve alocución enunciando una posición que no es muy popular ni en el mundo académico ni fuera de él pero que a mí me parece plausible, a saber, que realmente no se debería tener mucha confianza en la "interdisciplinariedad". ¿Por qué razón? No voy a considerar en detalle el caso de las investigaciones interdisciplinarias en la ciencia, pero la verdad es que soy sumamente escéptico respecto a los frutos que pueda generar un encuentro entre, digamos, un biólogo y un economista o entre un astrónomo y un médico. A mí me parece que la idea misma de interdisciplinariedad es esencialmente contraria a la idea de especialización, que es el objetivo natural en la investigación científica. Ahora bien, independientemente de si ello es así o no en ciencia, mi escepticismo se transforma en una postura francamente **anti-interdisciplinaria** cuando de lo que hablamos es de interacción entre ciencia y filosofía. Dejando de lado cuestiones de subjetividad, como por ejemplo un marcado desinterés en entender a un colega que usa una terminología y técnicas de investigación completamente diferentes a las que uno usa, me parece que si pensamos que la cooperación entre científicos y filósofos tiene pocas probabilidades de ser fructífera es porque suponemos que **tiene** que haber **algún** impedimento fundamental y tal que, si logramos sacarlo a la luz, sea inteligible para todo mundo. Yo creo que dicho impedimento existe, pero hay un problema con él y es que aunque se le puede fácilmente enunciar por medio de un par de palabras es bastante difícil de describirlo en detalle y más aún de hacerlo de modo tal que los demás logren entender cabalmente en qué consiste. Ahora bien, ya estando aquí no queda otra que aventurarse y tratar de desentrañar el misterio de lo que podríamos llamar la 'incompatibilidad disciplinaria'.

El punto de vista que deseo defender es el siguiente: **aunque usen las mismas palabras, es altamente probable que los científicos y los filósofos nunca se ocupen de los mismos temas, por la sencilla razón de que nunca hablan de lo mismo puesto que usan las mismas palabras para hablar de cosas diferentes.** Es sólo aparente o superficialmente que lo hacen. Aparte de que la forma de trabajar en ciencia es muy diferente de la forma como se trabaja en filosofía y de que las respectivas mentalidades del científico y del filósofo son drásticamente diferentes, los temas no son los mismos y peor aún: no pueden serlo. Como era de esperarse, la mutua incompreensión hace que los miembros de los dos gremios académicos tiendan a generar actitudes descalificadoras y evaluaciones negativas unos de los otros. Dicho de manera sucinta y sin ambigüedades, los científicos ven en los filósofos a

gente que en última instancia no sirve para nada y por su parte, los filósofos tienden a ver en los científicos a gente de intereses intelectuales sumamente limitados. Los filósofos sienten un soberano desprecio por el conocimiento científico por ser éste esencialmente gradual, hipotético, incompleto, *a posteriori*, cuyas teorías de más alto nivel inclusive, como las de la física relativista, son siempre de un horizonte más bien estrecho. Definitivamente, no hay comparación con el horizonte contemplado por el filósofo. Éste a primera vista al menos de ocupa de los temas más excelsos y universales que pueda haber: Dios, el sentido de la vida, la naturaleza del bien y del mal, la estructura y el *modus operandi* del pensamiento, la esencia de la belleza y la creación artística, las relaciones entre la vida mental y la vida material del ser humano, entre la moralidad y la política, etc., etc. A diferencia de lo que pasa en ciencia, el universo del filósofo no se agota con este mundo, sino que contiene mundos posibles. Todo esto suena muy bien, pero para personas que, como los hombres de ciencia, tienen los pies bien puestos en la tierra, los filósofos terminan siendo vistos como gente de lenguaje enredado, esotérico y semi-incomprensible, como gente que hace grandes promesas y que genera grandes ilusiones pero que a final de cuentas cumple muy poco en relación con lo que ofrece y que en el fondo no son otra cosa que malabaristas lingüísticos profesionales.

Yo pienso que estas actitudes y estas poses gremiales reivindicatorias del terruño de cada quien ni son esclarecedoras ni generan una atmósfera sana. La ciencia tiene una faceta que de hecho la vuelve inmune a mucho de la crítica que se le pueda hacer y es su faceta práctica, lo que podríamos llamar su ‘aplicabilidad’, lo cual en última instancia significa su utilidad social. Desde esta perspectiva, si hubiera un filósofo que pretendiera desconocer esta gran ventaja de la ciencia y que toma cuerpo en el avance tecnológico, un avance que todos en el mundo gozamos o padecemos, habría que poner en cuestión las capacidades intelectuales de dicho pseudo-pensador. El problema es que aplicabilidad y capacidad de manipulación no significan ni acarrear de manera automática comprensión. Ese es el *quid* del asunto. La filosofía contrasta en este punto con la ciencia. Es innegable que hay un sentido en el que la filosofía no es ni puede ser “práctica”, pero a cambio de eso la filosofía sí genera “comprensión”, en algún sentido interesante de la expresión. El asunto es complejo por lo que no ahondaré mayormente en ello, pero creo que podemos resumir lo que he dicho como sigue: si lo que queremos es controlar y manipular la realidad (el ser humano incluido), entonces apelemos a la ciencia; si lo que se quiere es comprender la naturaleza última de la realidad o del ámbito de realidad del cual nos ocupemos, entonces es a la filosofía a la que habría que cederle la palabra. Esto, no obstante, es algo que requiere ser matizado.

- II -

Lo que acabo de enunciar es desde luego debatible, pero si lo es ello se debe a que está involucrada alguna incomprensión que es preciso despejar. Se preguntará: ¿de qué incomprensión estamos hablando? **De una incomprensión concerniente a nuestro lenguaje natural y que afecta nuestra comprensión de los diversos sistemas simbólicos (lenguajes) que a partir de él desarrollamos**, como por ejemplo los lenguajes matemáticos (álgebra, cálculo, geometrías, etc.), el simbolismo musical, los lenguajes técnicos con los que se opera en termodinámica, en biología molecular, etc., etc. El examen del *modus operandi* de los lenguajes técnicos y de los modos como se construyen las teorías, como se trabaja con ellas, etc., poco a poco nos hace caer en la cuenta de que una cosa es la utilización efectiva de un simbolismo dado (un léxico técnico, estructuras simbólicas determinadas, etc.) y otra muy diferente es la comprensión o aprehensión del significado, es decir, de eso que se afirma o se niega por medio de ellos. Es al filósofo a quien le corresponde esclarecer **qué es lo que se quiso decir** mediante tal o cual enunciado. Pero ¿qué filósofo, si hay una multitud de ellos, dado que hay toda una variedad de escuelas? La respuesta es: **quien disponga de una concepción del lenguaje que sea tal que le permita dar cuenta de su utilidad**, ese es el filósofo que debería interesarnos. Y yo defendería la idea de que quien tiene la concepción del lenguaje que necesitamos es Ludwig Wittgenstein. Por el momento y dejando de lado la justificación de mi elección, permítaseme denominar la concepción wittgensteiniana como la ‘concepción praxiológica del lenguaje’. Las nociones clave de esa concepción son las de “forma de vida” y “juego de lenguaje”. De particular importancia es el hecho de que **un rasgo distintivo de esta concepción es que no está articulada en función de la gramática superficial (sujeto, verbo predicado, argumento y función, etc.), sino de la praxis lingüística**. Desde esta perspectiva, no se explican los significados en función de cartabones y clasificaciones gramaticales, sino en función de lo que con el lenguaje **se hace**, lo que el usuario logra o alcanza cuando lo utiliza. En este caso, una pregunta relevante sería: ¿qué es lo que con sus respectivos lenguajes técnicos hacen los psicólogos y los psiquiatras?

- III -

Fue con este instrumento en mano, es decir, con una determinada concepción del lenguaje, que yo me aboqué a examinar diversos aspectos del trabajo empírico desarrollado en un área particular de la ciencia, a saber, la psicología y la psiquiatría. Mi trabajo, evidentemente, no consiste en examinar pacientes, ofrecer diagnósticos, prescribir drogas, etc. Mi labor consistió en detectar, diagnosticar y tratar de erradicar enredos filosóficos inmersos en esas disciplinas científicas. Mi trabajo en tanto que practicante de filosofía es enfrentar dificultades filosóficas, no científicas, pero entonces ¿por qué entrometerme en áreas como la psicología y la psiquiatría?

Porque esas áreas, como muchas otras (como las matemáticas, la física, etc.) están **plagadas de dificultades filosóficas**. La situación es relativamente simple de describir: por las razones que sean, el hecho es que el científico es presa de diversas complicaciones filosóficas que a él se le presentan bajo la forma de **problemas** y que no siempre es susceptible de distinguir de los auténticos problemas de su disciplina. Él se ve a sí mismo entonces tratando de resolver ciertos “problemas objetivos” que en el fondo no son problemas reales, sino que sólo lo parecen. Es sólo por ciertas incomprendiones que el científico toma como genuinas dificultades que bien examinadas resulta que no son en lo absoluto de carácter empírico, sino más bien de comprensión. Así son precisamente los problemas metafísicos y las dificultades filosóficas en general. Lo que nosotros (*i.e.*, los filósofos wittgensteinianos) tratamos de hacer es erradicar, extirpar esos problemas de una vez por todas y mostrar que no eran genuinos problemas por resolver, sino que surgían de confusiones de carácter lingüístico. Eso es limpiar la psicología y la psiquiatría de elementos filosóficos, no atacar a ninguna de esas ciencias. Pero en lugar de seguir divagando de esta manera, quizá lo más conveniente y útil sea tratar de ejemplificar la clase de enredos que no son de carácter científico pero que de todos modos infectan a la ciencia, sobre todo en el terreno de la investigación, mas no únicamente.

Siendo una rama de la medicina, la psiquiatría inevitablemente se ocupa de “pacientes”, pero ¿de qué aspectos de la vida de un “paciente” se ocupa? Se ocupa o pretende ocuparse **de la vida mental del paciente pero desde la perspectiva del cuerpo humano**, y más específicamente **desde la perspectiva del cerebro y del sistema nervioso** en general. Eso suena impactante, pero ¿se detuvo ya alguien a entender qué es lo que se está diciendo? ¿Cómo se podría justificar semejante pretensión? ¿Cómo podría uno ocuparse del cerebro y pensar que se está ocupando de la vida mental de alguien? ¿Qué tiene que ver la corteza cerebral, por ejemplo, con, por ejemplo, una imagen mental, con una convicción o con un sentimiento? ¿Quién nos va a decir cómo se establece la conexión entre lo mental y lo cerebral, entre la vida mental de una persona y trozos de materia? Seamos claros: no hay tal conexión o si la hay es de una especie muy diferente de lo que usualmente se cree. De ahí que lo que normalmente se haga sea simplemente **asumir** que no hay problema con la **suposición**, que a primera vista es incuestionable, de que el cerebro y la mente, por así decirlo, “se tocan”, si no es que se identifican. Nótese que la suposición en cuestión no es de carácter científico; es justamente una suposición filosófica, fundada en ciertas analogías, ciertas semejanzas, etc., con otros discursos y otras formas de hablar. Pero entonces el panorama cambia: ahora entendemos que sobre la base de una suposición, una suposición que ni siquiera se le ocurre cuestionar, que el psiquiatra trabaja con sus pacientes, diagnostica, receta y, sobre todo, experimenta con ellos a base de fármacos. Cuando uno empieza a investigar el tema, lo que nos brinca como un resultado sorprendente es que la psiquiatría quizá todavía no tiene su carta de identidad. Yo confieso que no tengo claridad respecto a

cuál sea el verdadero *status* científico de la psiquiatría, puesto que es una disciplina notoriamente híbrida y que resulta de una **fusión** entre por lo menos dos ciencias, ciertas ramas de la medicina (en especial la neurofisiología) y la psicología. Era de esperarse que surgieran dudas al respecto y me parece que no ganamos nada con ocultar los problemas relacionados con la naturaleza, los objetivos y los métodos de la psiquiatría para lo cual hay que empezar lidiando con los que brotan de los significados de sus aseveraciones, hipótesis y tesis.

Yo pienso que el psiquiatra, en la medida en que es un científico, hace dos cosas: de manera natural va construyendo un nuevo léxico y, por otra parte, realiza un trabajo experimental con miras a ofrecer explicaciones de orden causal. Ahora bien, ¿en qué consiste su trabajo como constructor de nuevos símbolos? El psiquiatra **redefine** las nociones que son relevantes para su trabajo, nociones que él extrae de la neurofisiología y de la psicología. Algo parecido pasa con el psicólogo, nada más que éste **redefine** ciertas nociones en relación más bien con la conducta y el lenguaje, con lo que el paciente **hace** y **dice**. Pero ¿de dónde toma el psicólogo muchas de sus nociones? La respuesta es obvia: del lenguaje natural. Como las “redefiniciones” psicológicas dependen de la teoría que se adopte, y hay muchas teorías en psicología, es comprensible que haya muchos conceptos psicológicos diferentes para los cuales tenemos una única palabra. Por ejemplo, el psicoanalista define ‘sueño’ o ‘deseo’ de un modo diferente de como lo hace el conductista o el psicólogo humanista. El psiquiatra pretende redefinir las mismas nociones sólo que en relación con lo que es su objeto de estudio, a saber, el sistema nervioso, la corteza cerebral, etc. Pero ¿sobre qué basa el psiquiatra su labor? Sobre una **interpretación** de los significados de las palabras psicológicas. Desafortunadamente, ‘interpretación’ y ‘aprehensión cabal del significado’ no son lo mismo.

Si lo que he sostenido es acertado, estamos entonces en posición de preguntar retóricamente: ¿dicen lo mismo o quieren decir lo mismo el hablante normal, el psicólogo y el psiquiatra cuando hablan de deseo o de ansiedad o de alucinación? La respuesta es no sólo ‘no’, sino ‘no pueden estar hablando de lo mismo’. Esto resulta obvio tan pronto entendemos que sus respectivos universos de discurso son diferentes, versan sobre diferentes ámbitos de realidad. Uno recurre, por ejemplo, a la noción de “conducta anómala”, en tanto que el otro habla de “alteraciones en las descargas eléctricas de la corteza”. Que yo sepa “conducta” y “corteza” no son lo mismo y por lo tanto los términos psicológicos no pueden significar lo mismo en cada caso. El psicólogo y el psiquiatra, por consiguiente, no pueden estar hablando de lo mismo. Esto da una idea de la clase de confusiones de las cuales está plagada la psiquiatría.

- IV -

Si lo que hemos dicho tiene visos de verdad y no lo mal interpretamos, entonces estamos en posición de señalar que la filosofía de la psiquiatría y de la psicología tiene claramente dos fases, una negativa o destructiva y una positiva o constructiva. La primera consiste en destruir los mitos filosóficos infiltrados en ambas disciplinas científicas. En la medida en que esta labor de destrucción versa sobre las interpretaciones del psiquiatra y del psicólogo, la tarea se ejerce principalmente sobre las formas comunes de hablar. Aquí se necesita realizar, entre otras cosas, una labor de desmantelamiento de creencias profundamente arraigadas en la conciencia de los hablantes. Pero habría una segunda fase, más interesante quizá, que consistiría en esclarecer el verdadero significado de las aseveraciones, tesis, hipótesis psiquiátricas. Esta fase sólo puede arrancar cuando en alguna medida ya se cumplió la primera y podemos entonces preguntar: ¿qué es realmente lo que se está diciendo con esto? Para dar un ejemplo sumamente simple: hay quien gusta hablar todavía de “enfermedades mentales”. Es obvio, sin embargo, que si empleamos el concepto normal de enfermedad, lo menos que podemos decir es que la expresión ‘enfermedad mental’ es tremendamente equívoca, por no decir declaradamente desorientadora y falsificadora. Es evidente que, en el sentido en que una neumonía o un mal degenerativo como la diabetes son enfermedades, la esquizofrenia o los trastornos obsesivo-compulsivos **no** son enfermedades. Pero si nosotros no nos percatamos de que se habla de enfermedades mentales sólo por analogía, por ciertas semejanzas superficiales en el uso de las palabras, entonces automáticamente nos colocamos a nosotros mismos en la vía equivocada. El psiquiatra entonces se estará automáticamente viendo a sí mismo como un doctor, alguien que está tratando de “curar” mediante “medicamentos” a su paciente, el cual sin embargo muy probablemente requeriría ser tratado de un modo muy diferente de como usualmente se le trata.

En mi libro yo traté de hacer un poco de ambas clases de lo que me gustaría llamar ‘labor de limpieza conceptual’. Así, encontramos en él aclaraciones concernientes a nociones como recuerdo, deseo, emoción, etc., y luego un poco de discusión sobre osadas afirmaciones de psiquiatras, como cuando hablan de “inserción de pensamientos”. Qué quieran decir con ello es un asunto de debate, pero de lo que podemos estar seguros es de que si pretenden estar usando la palabra ‘pensamiento’ como se usa en el lenguaje natural, entonces nos quedamos sin saber qué quieren decir. Un pensamiento ciertamente no es una especie de flecha mental. Qué quiera decirse en psiquiatría cuando se habla de “inserción de pensamientos” es un tema sobre lo que me gustaría aprender algo.

Termino con un par de aclaraciones y advertencias. Mi labor es de filosofía de la psiquiatría, no de psiquiatría. Ni yo ni ningún filósofo serio podríamos tener la autoridad o la ambición de competir con el psiquiatra en su propio terreno. Sería

ridículo hacer tal cosa. Sería tan absurdo como pensar que el científico, de la rama que sea, puede resolver mediante experimentos, cálculos y demás un enigma filosófico. El problema es que el psiquiatra las más de las veces no se percató de que todos sus planteamientos, enfoques, diagnósticos, hipótesis, etc., quedaron modelados por algo sobre lo que él no tiene control, a saber, el lenguaje natural. Pasa lo mismo cuando hacemos filosofía de las matemáticas o filosofía de cualquier otra disciplina: el filósofo no puede aspirar a corregir a los especialistas en sus terrenos sólo que no es eso lo que nos proponemos hacer. En todo caso e independientemente de ello, espero haber proporcionado razones para pensar que en efecto la multidisciplinariedad no es la ruta más indicada hacia el progreso y la sabiduría.